

Esta carta es ya tan larga, que no me atrevo á continuarla, y con todo no he podido hablarte en ella mas que de los hijos. En mi primera te hablaré del Padre. A Dios, querido Antonio.

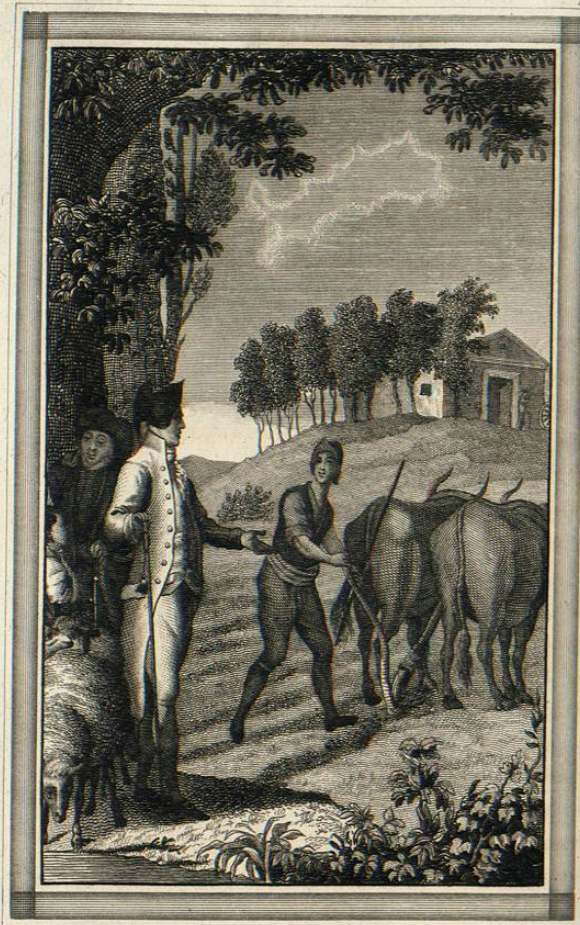
—•••••

CARTA XXXVII.

MARIANO A ANTONIO.

ANTONIO mio: voy á continuar mi relacion, y como te prometí en mi última, á hablarte del Padre. Ya te acordarás, que cuando te encaminabas á la América y me trajiste aquí, la primera cosa que te dió en rostro fué la miseria de este lugar. Yo me acuerdo de que tú, viendo este espectáculo horroroso, me dijiste, que aunque por desgracia muchos de los lugares de España en ciertas provincias eran infelices y miserables, no habias visto ninguno que lo fuese tanto, y no podias concebir cómo se toleraba que una sociedad de hombres viviese con tan poca policía y aseo; y añadiste que esto degradaba la humanidad.

En efecto, las casas por la mayor parte eran asquerosas y amenazaban ruina; tan bajas, que no se podia estar en pié; tan hondas, que el agua no po-



Tratado de Agricultura: por toda la Carta XXXVII.

DEL FILOSOFO.

153

día salir, y estaban siempre húmedas; sus ventanas eran tan pequeñas, que el aire no podía circular. Así los asilos de aquellos miserables, léjos de servir de reparo á sus fatigas, eran sepulcros de vivos. Las calles estaban tan cargadas de inmundicia y tan llenas de infección, que no extrañamos que la salud, la robustez y la alegría no pudiesen habitar en ellas. Concebimos la verdadera causa de la miseria, y nos afligió mucho ver tantas gentes que con el aspecto de hambrientos, y con el horror de la desnudez, nos presentaban el de la más lamentable indigencia. Tú partiste, y yo quedé consternado considerando la infeliz sociedad á que me destinaba el cielo.

«Mi corazón se afligió mas, cuando habiendo ido á buscar al cura, le encontré en una iglesia oscura, húmeda, triste, desaliñada, y que apenas presentaba un lugar decente para ofrecer el sacrificio, y así las vestiduras como los vasos del culto me parecieron muy pobres. No pude ocultar al cura la pena que me causaba este espectáculo. El me manifestó la suya, y me dijo que esto le atormentaba en seis años que llevaba de cura; pero que su parroquia era en general muy pobre, y que si algunos vivían con tal cual comodidad, los mas eran infelices, y á ninguno sobraba nada.

Me añadió que sus rentas eran cortas, y no bastaban á socorrer los muchos pobres que sin su auxilio morirían de necesidad; y que siendo estos los

templos vivos de Dios, le parecia que merecian ser preferidos. En fin, yo no veia ni escuchaba nada que no me cubriese de luto el corazon. Lo único que me consoló fué el mismo cura, que me pareció en su aspecto y discursos hombre sensato y religioso, de mucho juicio y grande instruccion. La experiencia nos ha hecho conocer despues su prudencia, madurez y virtud.

Desde que volvió mi amigo, le di parte de mis tristes observaciones, y él me respondió: Yo lo he visto como tú, y la primera impresion que me hizo fué tan melancólica como la que tú experimentas; pero una reflexion me ha calmado, y espero que produzca el mismo efecto en tí. Yo me dije: Pues Dios me trae á este lugar que parece desdichado, y me da los medios de poder remediarlo, sin duda que me hace venir para que sea el reparador de tantos males. Ve aquí pues la vocacion de mi vida: ve aquí el destino que me explica el cielo. Tú puedes decirte lo mismo; y en vez de gemir sobre tantas miserias, trabajemos para remediarlas.

Veo que hay mucho que hacer; pero harémos lo que podamos, y se puede conseguir mucho con la proteccion del cielo, y cuando se va despacio y con madurez. Hagamos cuanto sea posible, pero que sea sin fausto ni ostentacion. Empecemos por hablar con el cura y ponernos de acuerdo con él. Estoy informado de que en la ciudad vecina hay un buen arquitecto: le harémos venir, le pedirémos

que nos haga un plan en que nos proponga los medios de extender, aclarar y hacer sana la iglesia, y nos podemos servir de su talento para concluir esta obra.

Pedirémos al cura que vaya á la ciudad, que compre todos los ornamentos y vasos que le parezcan necesarios para la decencia y magestad del culto, y en breve todo esto puede estar reparado. Que estas sean nuestras primeras ocupaciones. Tú y yo debemos considerarnos como hombres que ha traído aquí el cielo para ser los padres de este pueblo. Yo seria reo de toda la miseria que pudiera haber aquí, si no la remediara. Dios me impuso esta obligacion dándome tantas tierras y derechos, y ahora me la renueva haciéndome vivir con estas gentes: todos los pobres son mis hijos, y van á ser objetos de mi solicitud. Empecemos pues por ellos, pero sin olvidar á Dios.

Yo aplaudí ideas tan cristianas. Vino el arquitecto, se proyectó el plan, se emprendió la obra: la iglesia se agrandó, se aclaró y adornó: el cura trajo de la ciudad lo que encontró más propio para servir á los usos del culto; y cuando todo estuvo pronto, hicimos para bendecir y abrir la iglesia una funcion devota, en que yo dije la misa, y el cura nos predicó un sermón. Este sermón acabó de darnos una idea digna del mérito de nuestro pastor, pues nos predicó con la simplicidad que correspondia al auditorio; pero con toda la pureza y eleva-

cion que pide el Evangelio, y con la tierna y religiosa unción de un corazón devoto y penetrado.

«Mi amigo había mandado hacer para aquel día doscientos vestidos de hombre, otros tantos de mujer, y cuatrocientos de muchachos, y los había dado al cura para que los distribuyese entre los más desnudos. Todos asistieron vestidos ya con decencia á nuestra misa, y esta circunstancia contribuyó mucho á hacer más plausible nuestra fiesta, que fué muy alegre sin dejar de ser devota. Parecía que todas aquellas gentes habían adquirido un espíritu nuevo: que se hallaban gozosas de verse con una iglesia más espaciosa y elevada, en que ya no temían infección ni humedad, en que se veía más luz, se respiraba mejor aire, y se adoraba á Dios con más decencia.

«Para acabar de una vez este asunto te diré, aun que sea adelantando las épocas, que una de las cosas que nos affigieron más, fué que entrando un día en la escuela, no vimos en ella más que un corto número de muchachos, á quienes se les daba una enseñanza muy imperfecta. Nos pareció muy extraño, que en un lugar en donde había tantos muchachos, hubiese tan pocos que quisieran aprender los rudimentos más necesarios; pero lo que nos affigió más que todo fué ver al maestro, que conocimos era un idiota, que apenas sabía leer, ménos escribir, y que solo sabía la doctrina cristiana por rutina sin entenderla.

«El cura que nos acompañaba nos dijo que en el lugar no había otro ni podía haberlo, porque no era posible proporcionar á un maestro que fuera capaz de enseñar bien, un salario competente con que poder subsistir: que esto provenía de que una gran parte de los padres eran tan pobres, que ni siquiera podían pagar la módica retribución acostumbrada: que otro gran número que pudiera pagarla, siendo ignorantes ellos mismos, y no conociendo la importancia de esta instrucción, se descuidaban de enviar á sus hijos, y preferían ocuparlos en cosas que creían más útiles: que estando la escuela desierta no era posible pagar un maestro, y que si el actual hacía esto, era porque no podía vivir de otra manera: y que mejor era aquello que nada, y aun así se veía continuamente precisado á socorrerle.

«Con este motivo nos contó, que el año antecedente había venido al lugar un hombre nacido en el lugar mismo; pero que habiéndose criado en la capital, se había instruido bien y era un maestro excelente: que estaba en estado de enseñar bien á leer, escribir y contar, y á más muy bien enterado en la doctrina cristiana, y capaz de enseñarla con perfección: que había hecho cuanto era posible para detenerle, y que tomase la escuela del lugar á su cargo: que el mismo maestro lo deseaba, porque tenía en él sus parientes y amigos; pero que habían visto que era imposible, porque el abandono general

de la escuela, y la incuria de los padres imposibilitaban su subsistencia.

Esto me causó, señores, tanta mas pena, nos añadió el cura, porque yo hubiera encontrado en este hombre lo que hubiera satisfecho los mas vivos deseos de mi corazon. ¿Y dónde está este hombre? le preguntó mi amigo. Se volvió á la capital, dijo el cura. ¿Y pensais, le volvió á decir mi amigo, que si se le ofreciera un salario proporcionado querria venir todavía? No lo dudo, respondió, pues lo deseaba mucho. Pues bien, señor cura, concluyó mi amigo, escribidle que venga; vos señalaréis el salario que convenga darle, y yo me obligo á hacer que se le dé: que venga, que enseñe á los muchachos de balde, que su obligacion sea instruirlos en la doctrina cristiana, en leer, escribir, contar y algo de dibujo; y nosotros harémos lo posible para estimular á los padres á que envíen á sus hijos á la escuela.

En efecto, el hombre vino, y ha desempeñado completamente su ministerio. La escuela está muy bien arreglada: los muchachos van todos; mi amigo tomó para esto medidas que te explicaré despues. Ahora solo te digo, que todos han aprendido, fuera de lo esencial, alguna cosa de dibujo, y algo del canto de la Iglesia; que responden muy bien á los oficios; que todos los domingos y dias de fiesta tenemos misas solemnes; que yo soy el que las digo de ordinario; que el cura les hace sermones verdaderamente útiles y devotos; que todo se practica

con la mayor uncion y reverencia, y que te llenarias de edificacion y dulzura celestial, si vieras como pasamos en la iglesia las mañanas de los dias consagrados al culto del Señor.

Despues te diré como pasamos las tardes; pero ahora para no perder el hilo de la enseñanza pública, te hablaré de las niñas. Mi amigo preguntó al cura, qué educacion se las daba: y este respondió, que ninguna: que no habia escuela en que aprendiesen, que no tenían mas maestras que sus propias madres, y que siendo estas ignorantes de todo, no podian darlas mejor educacion que la que recibieron: que en cuanto á la doctrina cristiana él procuraba instruir las; pero que siendo tantas, le era imposible instruir bien á todas: que era una lástima ver la grosería que heredaban las unas de las otras, pues eran pocas las que sabian leer: que esta era la parte mas triste de aquella poblacion; porque las mugeres, por su poca habilidad en todo, estaban ceñidas á las ocupaciones domésticas, y absolutamente privadas de todos los medios de ganar la vida. Este retrato fiel afligió mucho á mi amigo, y dijo al cura: ¿No habrá medio para remediar esto? Yo lo veo muy difícil, respondió, porque seria menester establecer una escuela, dotarla, y encontrar una muger capaz de dirigirla. La muger es lo difícil, volvió á decir mi amigo, porque en cuanto á los gastos de la escuela y su dotacion, yo pudiera hacerlos. Oyendo esto, como si un rayo de luz me pa-

sara por delante de los ojos, me acordé de una muger que yo conocia, y les dije: Yo veo desde aquí una muger que creo muy capaz de esta confianza. Es una viuda que poco ha perdió su marido, y con él la renta de su empleo. Ha quedado en la última pobreza. Yo la ví en situacion muy desconsolada. Sé que ha tenido una educacion distinguida, y me parece muy superior á lo que necesita una escuela.

Creo que no se pudiera hacer una eleccion mejor, porque fuera de la instruccion y talento que he dicho, me consta que es prudente, modesta y religiosa, y no me parece imposible que acepte la proposicion, porque busca un destino con que poder subsistir. Mi amigo pidió con encarecimiento que la escribiera sin perder un instante. Yo lo hice, la muger vino, y ha puesto una escuela que da gusto verla. Muchas muchachas se han educado, y otras se educan. Ya hay muchas que saben la doctrina de la Religion con una inteligencia muy superior á la comun, que leen y escriben bien, y ademas han aprendido todas las artes propias de su sexo. Ya no hay padre que no se apresure á enviar á sus hijas; y no podrás figurarte quanto ha influido esta atencion á mejorar las costumbres públicas: ya todas parecen aseadas, decentes y modestas; se distinguen fácilmente las que han estado en la escuela, y esto ha contribuido á derramar entre todas una particular decencia y atencion. Despues te contaré

el destino de estas niñas, cuando acaban el tiempo de su enseñanza.

Miéntras nos ocupábamos en estos objetos, hacíamos tambien grandes excursiones en el campo, y dábamos grandes y útiles paseos. Mi amigo quiso verlo todo, y reconocer por sí mismo tanto la extension y límites de sus propiedades, como el territorio de la comarca, y no daba un paso sin gemir, porque lo hallaba todo en mal estado. No se veía mas que una porcion inmensa de tierra erial y abandonada; muy poca, esto es, la que estaba mas cerca del lugar, puesta en cultivo, y toda la demas en manos de la inculta y agreste naturaleza. Aun aquella porcion que estaba cultivada, lo estaba de una manera tan superficial y miserable, que no se podia ver sin lástima. La tierra apenas estaba removida; y cuando observábamos los tristes labradores cultivando sus campos, nos daba pena ver sus arados tan pequeños y ligeros, sus animales tan débiles, y por consiguiente los surcos muy superficiales.

Muchas veces me dijo mi amigo: Ve aquí por qué esta tierra, aunque sea tan fértil como es, no produce mas que cosechas infelices. ¿Cómo puede ser fecunda si está tan poco removida? ¿si se trabaja tan poco y se le ayuda ó fertiliza ménos? Y ve aquí tambien la causa primera y mas activa de la pobreza de este pueblo. Todo pais en que la agricultura no florece, será siempre desdichado, porque con ella todas las artes se fomentan y ade-

lantan, y sin ella todas se debilitan y se pierden.

Mi amigo pensaba seriamente en buscar un remedio á este mal, que es la raiz de todos los males políticos, y arrastra consigo la decadencia y la ruina de los imperios; pero no era fácil. Un dia me dijo: Yo he hecho reflexiones, y me parece que la causa mas inmediata de la flojedad y abandono que observamos en nuestros labradores, procede de dos principios. El primero es su ignorancia: no habiendo visto ni conocido nunca mejor cultura, se imaginan, que no hay mas que hacer que lo que ellos hacen. El segundo es su pobreza, pues aunque supieran que es posible otra cultura mejor, no tendrían los medios de ponerla en práctica. La tierra es una madre fecunda y agradecida; pero corresponde á proporcion de lo que se la da, y no retribuye sino á medida de lo que se cultiva.

Para vencer estos inconvenientes no veo mas que dos remedios. El primero el del ejemplo: al pueblo se persuade con hechos, no con discursos. Me parece que yo haria bien en destinar una porcion de tierra cerca del lugar á la vista de todos, y hacerla cultivar bien. Allí podrán ver cómo se cultiva bien una tierra; y mis cosechas que serán ciertamente muy superiores á las suyas, les harán conocer las ventajas del buen cultivo. Será muy posible que ellos no cojan nada, y que yo coja mucho, y entonces verán la diferencia que hay de una tierra bien cultivada á otra que no lo está. Es natural que

así suceda, porque la mayor parte de la pérdida de nuestras cosechas tiene por principio los defectos de nuestro cultivo. Esto me parece demostrable, y para convencerte te pido oigas con atencion el raciocinio que voy á hacer.

La experiencia nos hace ver, que por lo comun las causas por qué se pierden las cosechas en España, y que tantas veces exponen la nacion á la miseria, son cuatro: ó las aguas excesivas del invierno deslien la tierra y destruyen el grano; ó los hielos tardíos que sobrevienen cuando ya estan formadas las cañas, les cortan la vegetacion; ó la falta de lluvias en la primavera deseca las plantas; ó finalmente, los calores bochornosos que producen los vientos meridionales, y que llegan en el momento de la granazon, enjugan el grano, le disminuyen, y le hacen perder su natural grosor. Me parece que estas son las causas ordinarias de la pérdida ó disminucion de las cosechas, y que todo lo demas que puede hacerlas mal, es un fenómeno extraordinario de que no debe hacerse caso ni mencion.

Supuestos estos hechos, es fácil considerar la diferencia de un buen cultivo al malo, y las ventajas de una tierra bien preparada á otra que no lo está. Llamo mal preparada á una tierra que no está labrada mas que superficialmente, porque el arado no ha profundizado, y que por este defecto no ha podido sacar nueva tierra, que esté descansada y sea productiva, sino que presenta siempre la misma su-

perficie ya fatigada de haber producido: cuando no se ha dividido la tierra ni pulverizado, sino que se la dejan grandes glebas, que no solo no producen, sino que impiden que produzca la tierra que cubren; y en fin, cuando porque no se ha removido el interior se conserva el fondo duro y queda la siemiente superficial, expuesta á todos los inconvenientes, que por consiguiente no puede nacer, y si nace no puede tomar consistencia ni robustecerse, porque á causa de la dureza del fondo no puede penetrarle con sus raices.

Llamo la tierra bien preparada cuando está labrada profundamente, y cuando el arado removiendo el fondo ha sacado otra tierra nueva, que presenta una superficie descansada capaz de producir con nuevo vigor, cuando está tan dividida y tan sin glebas, que parece pulverizada; y en fin, cuando la labor es bastante profunda para que el grano que se siembra quede enterrado á lo ménos cuatro pulgadas, y ademas el fondo en que cae esté bastante removido, para que pueda penetrarle con sus raices, vegetar y fortificarse.

Es evidente que en la primera tierra el grano queda superficial y sobre un fondo duro que no le es fácil penetrar; por consiguiente no puede robustecerse, y queda aventurado á todas las intemperies: y que en la segunda está bastantemente cubierto y defendido, y como encuentra un fondo blando, puede en poco tiempo echar raices profundas, pene-

trarle, fortificarse y sufrir sin peligro muchas intemperies.

Esto solo basta para demostrar y hacer patentes las causas por que se ve angustiada tantas veces la nacion con la falta ó la cortedad de las cosechas; pues las encontrarás fácilmente en la pequeñez de sus arados y en lo superficial de sus trabajos, recorriendo los principios que hemos dicho ser los que producen estos daños, y hallarás visible que todas se deben atribuir á este defecto de las labores. Si el invierno es excesivo en lluvias, como el suelo de la tierra está duro, se detienen las aguas, forman charcos, el grano que está superficial nada en ellos, se deslie, se pudre, se deshace; en vez de que si el suelo estuviera removido, las aguas se filtraran, el grano quedara mas arriba y se conservara.

Si los hielos son tardíos secan la caña ya formada, y no puede vegetar mas: pero esto nace de que el grano, no habiendo podido echar una raiz fuerte y vigorosa, porque no ha podido penetrar la tierra, tampoco ha podido criar mas que una arista ó caña débil y somera, que no puede resistir á la impresion del hielo, y por esto al instante se seca y marchita; pero si hubiera podido arraigarse mejor, hubiera producido una caña mas robusta, que la hubiera preservado de aquel daño, resistiendo á la rigidez de la intemperie.

Si la sequedad y el ardor de la primavera que

man y consumen en poco tiempo las mieses de los campos, es porque la poca agua de las lluvias del invierno, que ha podido guardar en su seno una tierra dura, se disipó muy presto con el calor del sol, y la débil raiz no puede resistir á su actividad; en vez que si la tierra hubiese estado profundamente removida, hubiera guardado en su fondo mas humedad, y tanto por la mayor fuerza que sus raices adquirieron, como por la mayor frescura que conserva, hubieran aguantado la sequedad esperando mas tiempo el socorro del cielo.

En fin, si el bochorno enjuga, deseca y consume las plantas, es porque las encuentra débiles, sin vigor ni resistencia; pero las robustas le resistieran mas, porque con la humedad de su pié y la fuerza y lozanía de su caña se defenderian mejor.

Ve aquí las causas por qué aunque Dios ha dotado á nuestra España de las mas excelentes tierras de Europa, y tan fecundas que se podria aumentar diez veces mas el número de sus habitantes, se halla tantas veces angustiada, y con los justos temores de no poder sustentar los pocos que tiene: son necesarias las mas felices influencias del cielo para que salga por acaso una buena cosecha; y como vistas las vicisitudes de las estaciones, aquellas no son comunes, las cosechas abundantes tambien son raras, y la menor intemperie basta para destruir en un momento los consuelos y las esperanzas de un año.

Vuelvo á decir que es visible, que esta miseria nace de la poca atencion que se da á la agricultura; y aunque se pudieran alegar otros defectos de ella, como son la mala distribucion de las poblaciones, el mal ordenado repartimiento de las tierras, y otros que es fácil numerar, es menester reconocer que todos estos males vienen á parar, y se reunen todos á producir este cultivo ligero, atropellado y superficial, que es la causa mas inmediata y próxima de todos los daños.

Es imposible esperar ninguna especie de prosperidad sin que este defecto se remedie, porque al fin la agricultura es el primero y mas importante fundamento de la felicidad pública, como que de él depende no solo la vida y la tranquilidad de los hombres, sino tambien el comercio, las artes, y todo lo que contribuye á dar fuerzas y respeto á una potencia; y es tambien lo que hace el placer, las delicias y abundancia de sus individuos. Pero el remedio de tantos males no es dado á nuestros esfuerzos; solo puede ponerlos el gobierno. Contentémonos nosotros con procurar á estas pobres gentes el poco bien que está en nuestras manos.

Yo pienso pues cultivar un buen pedazo de tierra, y cultivarlo á vista de todos. Nada persuade tanto como el ejemplo, y nada convence tan eficazmente como la experiencia. Procuraré exhortar á los que tienen medios á que me imiten; y si viese que algunos tienen voluntad de hacerlo, y que solo

lo dejan de hacer porque no pueden, procuraré ayudarlos. Parece que esta idea es simple y fácil, pero no lo es tanto como parece; porque nuestra razón es á veces tan imperfecta, tan mal entendida, y tan contraria á la misma prosperidad que se propone, que ella misma ata los brazos de aquellos que con mas luces y buenas intenciones quisieran contribuir á la felicidad de su pais.

Observa cómo el término dilatado de este lugar está reducido á un cultivo tan estrecho, que apenas se ven en labor las tierras inmediatas; pero desde que empiezan á alejarse un poco, ya está todo inculto y abandonado. Yo soy cómplice de este delito, que se pudiera llamar de lesa humanidad, pues impido el aumento de la poblacion. Digo que soy cómplice, porque una gran parte de estas tierras son dehesas mias; diferentes sujetos tienen otras, y nos contentamos con arrendarlas para pastos y por muy corto precio. Tambien hay porciones considerables que se llaman valdíos, y estas aprovechan ménos. Todas estas tierras sirven de poco, y el motivo ó pretexto de esta pérdida es el pasto de los ganados; pero estamos tan atrasados en este punto, que por nuestra inconsideracion ni tenemos cultivo ni pastos.

El origen de este mal es, que no sabemos ni estamos acostumbrados á criar los ganados en casa, esto es, á darles de comer de noche en el establo como se hace con los caballos y mulas. Queremos que el ganado lanar y vacuno vivan siempre á cuen-

ta de la Providencia, que la economía y la industria del hombre no les ayuden en nada, y que no coman sino lo que la naturaleza les presenta en el campo. Para conseguir esto es menester destinar mucha tierra á pocos animales, y despoblar los lugares de hombres. Con esta conducta es indispensable convertir las poblaciones en desiertos, y por aumentar la cria de los ganados, disminuir la poblacion humana.

Pero lo peor es, que ni aun esto se logra, porque ese cálculo tan atroz es tambien falso; siendo evidente que quanto mas hombres haya, quanto mas trabajen y cultiven la tierra, tantos mas ganados habrá. Nuestras leyes, hechas en tiempo en que la economía pública era desconocida, no tuvieron en consideracion estos principios; y así el interes de algunos y la costumbre general lo arrastran todo.

Aquí le interrumpí yo diciéndole: He oido y leído, que todas las naciones extrangeras sin excepcion, y sobre todo, las que mas florecen en la agricultura, han introducido una especie de prados artificiales: esto es, plantan una especie de yerbas vivaces, que aunque se corten, reproducen, y las dan muchas siegas; que las guardan para mantener con ellas el ganado lanar y vacuno en el invierno, y que por este medio con poca tierra que destinan á la produccion de estas yerbas, tienen con que alimentar muchos mas ganados. He oido tambien, que con

mas ganados tienen mas estiércol, pueden beneficiar mejor sus tierras, y con la tierra así beneficiada coger mayores y mas seguras cosechas.

Tú has dicho en pocas palabras, me respondió mi amigo, todo el secreto de la agricultura; y por ese tan encadenado método ya debes advertir, que un labrador puede tener con poca tierra mas ganados y mas frutos. Todo depende de entender bien esta economía, que es hija de la reflexion, y que está autorizada por la experiencia práctica de las naciones agricultoras. Y ve aquí los principios simples á que todo se puede reducir: no encargarse de una porcion inmensa á que no pueden alcanzar las atenciones de un hombre; ceñirse á un terreno moderado, tal que un hombre pueda ver y cultivar bien; aprovechar la labor haciéndola alternar cada año para diversificar los frutos; destinar una pequeña parte para la produccion de las yerbas que mantienen los ganados, y cuidar de que estos vengán todas las noches al establo, así para que se alimenten, como para que dejen allí el estiércol que es el mas precioso y útil de sus dones.

Yo concibo, le respondí, que todo eso seria muy bueno; pero cómo seria posible conseguir eso con labradores que por la mayor parte son muy miserables? ¿Cómo podrán tener establos para conducir allí de noche sus ganados, sobre todo si me hablas de los trashumantes, que tienen tantos, y que estan tan mal repartidos? Pocos particulares tienen caba-

ñas inmensas, y hay. . . No, me volvió á decir, no hablo ahora de esos: este es otro grande mal, que tiene otros principios, y necesita de otros remedios y otras leyes. Pero este asunto nos forzaria á una gran discusion, que nos alejaria de lo que tratamos. Por ahora no te hablo mas que de los ganados que llaman estantes, esto es, de los que tiene cada labrador para el uso y servicio de su tierra.

Tú dices, que cómo los pobres labradores podrán encontrar establos. Yo te digo que tienes razon, pues que no los hay. Te diré mas: que ni ellos ni aun los mas ricos pudieran criar prados artificiales; pero tambien te diré, que esta imposibilidad proviene en parte de nuestra antigua legislacion, que tal vez engañada por los interesados, en vez de ayudar á la agricultura, la aniquila; en vez de animar al labrador, le abate por favorecer al ganadero.

Ya sabes que en todas las provincias hay una especie de hombres que se llaman ganaderos, y son los que ó crian ó compran y mantienen los que sirven para el abasto. Estos son los enemigos públicos, la causa del atraso que padece la agricultura. No pertenecen á la clase de los labradores, ni son dignos de nombre tan honroso; son traficantes de carnes, que con una grangería tan útil para ellos, como ruinoso para el estado, sin tener tierras ni labores, se ocupan en criar, vender y mantener ganados; en una palabra, son como los vámpiros, que se chupan la substancia pública.

Su pretexto es abastecer el comun de viandas, y para obtener sus fines han arrancado del gobier. no providencias destructoras: unas veces engañan- do, otras corrompiendo, y siempre intimidando al gobierno con la carestía ó dificultad de los consu- mos, han conseguido todo lo que facilitaba su ruina. so tráfico, hasta forzar á las leyes á violar los de- rechos de los propietarios, obligándoles á dejar sus propios dominios abiertos á su voracidad; en fin, han quitado á la agricultura los medios de prospe- ridad. No solo tienen yerma y desierta gran par- te del campo, sino que impiden que lo poco que se cultiva se cultive bien, pues impiden al labrador que lo cierre, y con esto hacen imposible la cria y el aumento de los árboles, aunque en el dia se han cortado muchos de estos abusos.

¡Desdichado el pais donde el ganado que debe ser el amigo y el compañero del hombre, está en manos de estos traficantes codiciosos! El verdade- ro y útil abastecedor es el labrador que vende pa- ra el consumo el ganado que ya le ha servido, ó el que todavía no le puede servir. Si en España los labradores no estan todavía en este caso, es por el mal estado de la labranza; pero en los paises en que los labradores por el uso de los prados artifi- ciales les pueden con poca tierra mantener muchos ganados, ellos son tambien los que mantienen los abastos: y ve aquí lo que sucede.

La tierra está dividida en pequeñas propiedades:

cada propietario ó cada arrendador tiene la suya, y en ella todos los ganados que pueden mantener las yerbas que coge en sus prados; pero como cada año sus crias se multiplican, y no puede mantener- las todas, está obligado á vender su sobrante. ¡Y qué hace? Renueva sus bueyes, hace engordar á los que le han servido y estan ya cansados, y los vende re- servándose para el trabajo otros nuevos y mas vigo- rosos.

Como tampoco puede mantener todas las terne- ras que nacen en su establo, está forzado á vender- las, como tambien los carneros, y repone su falta con corderos nuevos. Por este medio siempre hay en la circulacion del comercio muchas carnes pa- ra el consumo. La multitud de los labradores tie- ne y vende mucho mas de lo que venden ahora los ganaderos, y este proceder produce muchas venta- jas; porque fuera de la abundancia y mejor precio que resulta de la concurrencia de tantos vendedo- res, las crias se multiplican anualmente, la tierra se cultiva sin tropelia, y todos los ramos de la agri- cultura prosperan.

¡Qué léjos estamos nosotros de una economía tan bien entendida, y que sin embargo es casi general en toda Eúropa! Para ponerla en planta sería me- nester empezar por dividir las propiedades. Puesto que ha dado ya el gobierno la facultad de cerrar- las, é impedido con sus leyes que nadie pueda en- trar á devastar las propiedades ajenas, él mismo